



UN
HOMBRE
AL
MANDO

LAURELIN PAIGE



CHIC 

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



UN HOMBRE AL MANDO

Laurelin Paige

1

Traducción de Cristina Riera Carro



Contenido

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

*Mensaje de Laurelin Paige
Sobre la autora*

Página de créditos

Un hombre al mando

V.1: Septiembre, 2021

Título original: *Man in Charge*

© Laurelin Paige, 2020

© de esta traducción, Cristina Riera Carro, 2021

© de esta edición, Futurbox Project S. L., 2021

Los derechos morales de la autora han sido reconocidos.

Todos los derechos reservados.

Esta edición se ha publicado mediante acuerdo con
Bookcase Literary Agency.

Diseño de cubierta: Laurelin Paige

Corrección: Cristina de la Calle

Publicado por Chic Editorial

C/ Aragón, 287, 2^o 1^a

08009 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17972-58-5

THEMA: FRD

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

Un hombre al mando

Los Sebastian son los dueños de la ciudad y su heredero, el hombre al mando

Me colé en una fiesta de lujo haciéndome pasar por otra persona y allí conocí a Scott Sebastian. Es arrogante y tremendamente atractivo, y no dejo de pensar en él. Pero no puedo distraerme: necesito firmar un acuerdo de patrocinio millonario con su empresa antes de que descubra quién soy en realidad. ¿Conseguiré cerrar el trato sin que me rompa el corazón?

Sumérgete en el lujoso mundo de los Sebastian

«Scott Sebastian es la combinación perfecta entre un macho alfa engreído y un *guilty pleasure* muy travieso.»

Jana Aston

Queridos lectores:

Me entusiasma presentaros este nuevo mundo, el de los Sebastian, una familia rica y poderosa que brinda todo un abanico de posibilidades de historias de amor tormentosas con multimillonarios. Espero poder explicaros más sobre ellos en el futuro, esto es solo el principio.

*Un abrazo,
Laurelin*

Capítulo 1

Tenía el brazo levantado y el móvil en la mano mientras buscaba cobertura cuando lo oí. Un maullido leve. El típico sonido de un gatito en apuros.

Agucé el oído y examiné a mi alrededor. Detrás de mí, cuatro estructuras con forma de silo se erigían apiñadas. Abajo, el bar de la azotea bullía de actividad. Enfrente, el Empire State atraía todas las miradas, resplandeciente con los colores del arcoíris (en honor a la manifestación en favor del colectivo LGBTQ, convocada para ese fin de semana), pero el exceso de luces centelleantes de discoteca del local hacía palidecer la atracción turística. Había mucho barullo, una de las razones por las que me había escabullido a la parte más alta del edificio: quería hacer una llamada. El otro motivo que me había empujado a subir a la azotea era que todavía no había conseguido que en mi pantalla apareciera más de una raya de cobertura.

Los maullidos, concluí, debían de proceder de los depósitos, sirvieran para lo que sirvieran. Imaginé que hacían las veces de trastero para guardar objetos mecánicos para el edificio: para el sistema eléctrico, el aire acondicionado y vete a saber qué más. Algún arquitecto de esos de prestigio había decidido, por alguna razón, que unas torres cilíndricas de un tono bronce con tapas que parecían un sombrero cónico asiático eran el mejor modo

de hacer que el material industrial quedara más bonito. De verdad, la última moda en diseño de la ciudad de Nueva York escapaba a mi entendimiento. Para mí, tenían una pinta rarísima.

Además, los habían colocado en la parte más alta de un edificio de sesenta plantas, de modo que la probabilidad de que hubiera oído a un gatito extraviado era bastante ínfima.

De todas formas, el ruidito había cesado. Es probable que hubiera sido el chirrido de un generador o que me lo hubiese imaginado. Volví a centrarme en el móvil. Dos rayas si me situaba en esa dirección. Terminé de subir los tres escalones que faltaban para llegar por fin a la planta superior. ¡Tres rayas! Con eso bastaría.

Pero... volví a oír al gatito.

Otra vez. Y otra. Quedaba descartado que fuera algo mecánico. Bajé la mano con la que sostenía el teléfono y empecé a rodear uno de los depósitos. Si no se trataba de un gato (porque tan arriba no podía ser, ¿no?), ¿qué era entonces? ¿Esos ruidos los podían hacer las ratas?

Solo de pensarlo me puse a temblar. Lo cierto es que no tenía ningún motivo para ponerme a buscar de dónde procedía el sonido.

Pero ¿y si era un gatito? Quizá los del bar hípster de abajo tenían uno aquí en la azotea para que mantuviera a raya a los ratones. No era una idea tan descabellada y me empezó a picar la curiosidad, así que, en contra de lo que me dictaba el instinto, seguí rodeando el segundo depósito.

De pronto, me quedé petrificada.

Aquel ruidito no lo emitía un animal, sino una mujer. Se encontraba a unos cinco metros y apoyaba la espalda en la pared de ladrillos de una chimenea al otro lado de los depósitos. Tenía los ojos cerrados, llevaba un vestido de fiesta remangado por la cadera y los sonidos que emitía eran gemidos de placer, no de sufrimiento. Según parecía,

se los estaba provocando el hombre situado delante de ella. En concreto, su mano, que se movía entre sus piernas.

Y ¡uf!, a juzgar por la expresión de la mujer, el hombre sabía lo que hacía.

Retrocedí con sigilo y a toda velocidad mientras rodeaba el depósito y solté el aire despacio. No sabía si echarme a reír o... bueno. ¿Es que qué otra reacción iba a tener, si no? Desde luego, el cosquilleo instantáneo de excitación que se me había despertado entre los muslos no era la respuesta adecuada.

Vamos, que lo mejor era reírse. Me reí en silencio, para no molestar a los «tortolitos».

Sin embargo, cuando el impulso de tomármelo con humor se desvaneció, el cosquilleo seguía ahí. Hacía mucho tiempo desde la última vez que había echado un polvo. La última relación seria que había tenido terminó en verano, y luego busqué un clavo que sacara a otro calvo durante el fin de semana de Halloween, pero, desde entonces, nada... y estábamos a principios de septiembre. ¡Madre mía, pero si ya casi hacía un año! No me extrañaba que sintiera tanta curiosidad por aquel par de desconocidos que se metían mano en un rincón apartado de la juerga en la azotea.

La excitación indirecta era demasiado tentadora. Sin hacer ruido, rodeé el depósito de puntillas con el cuerpo pegado al edificio. Solo quería... echar una miradita.

Guau. Esta segunda vez, la escena era tan sensual como la primera. Más incluso ahora, que la mujer empujaba las caderas hacia la mano de él. La forma en que el hombre le sostenía las manos por encima de la cabeza, el hecho de que no se estuvieran besando, que los únicos puntos de unión entre sus cuerpos fueran la mano de él que le agarraba las muñecas y la otra metida entre sus piernas, constituían un espectáculo obsceno, lisa y llanamente.

Y cuando ella soltó otro gemido, por poco no se me escapó uno a mí también.

Tomé nota mental: «Por lo visto, mirar te pone cachondísima».

Tanto, que había olvidado por completo la razón por la que había subido a la azotea. Tanto, que me palpitaba la entrepierna. Tanto, que ni se me ocurrió esconderme cuando la mujer profirió un último grito ahogado y se estremeció al llegar al orgasmo.

Era evidente que aquel era el preciso instante en que debería haberme ido. Bueno, vale, debería haberme ido antes, pero como no lo había hecho, el momento era ese. Sin embargo, me quedé ahí, pasmada por la actitud indiferente con la que el hombre se sacó un pañuelo de un bolsillo interior del esmoquin y se limpió la mano antes de metérsela en el bolsillo. Ni siquiera se lo ofreció a la mujer.

No fui la única que se dio cuenta. Ella puso mala cara mientras se recolocaba el vestido, pero enseguida recuperó la sonrisa. Se echó la melena castaña por encima del hombro (oscura, pero no tanto como la mía), se acercó a él y le tocó la entrepierna.

—Va, Eden, que tú ya has terminado... —Aunque no alcanzaba a oírlo todo desde mi escondite privilegiado, sí que vi con claridad que él le apartaba la mano.

—Pero tú no —dijo ella entre susurros.

Él la miró fijamente unos segundos. Ojalá hubiera estado de cara a mí para poder ver su expresión. Oye, qué complicado era espiar a gente que no cooperaba.

—No te esfuerces —repuso al final. Una negativa, clara como el agua. No necesité verle el rostro para saberlo—. La única razón por la que he hecho que te corrieras ha sido para que me dejes en paz.

«¡Fua!».

¡Menudo imbécil, el tío!

Bueno, o quizá no. Había que tener en cuenta que, antes de rechazarla, le había provocado lo que, a todas luces, había sido un orgasmo de calidad excepcional. Claro que

carecía de la información necesaria para formarme una opinión a partir de lo que había visto. Pero era difícil no figurarme los detalles de la situación mientras observaba la escena como quien come palomitas, y, en mi imaginación, al tipo se le daba tan bien follar como tener los modales de un auténtico imbécil.

La experiencia me había enseñado que ambas características iban de la mano.

Eden se aclaró la garganta, pero parecía que sabía cuándo retirarse:

—Tú te lo pierdes. Sabes perfectamente que te trato muy bien.

—Sí, exacto. Ese es el problema.

Madre mía, menudo cabrón. Era el típico tío que necesitaba poner distancia. El típico que solo se enrollaba contigo una vez y si te he visto no me acuerdo. Recordé que había alquilado el bar de abajo entero, en la azotea, para celebrar una fiesta con invitados de clase alta, y lo calé: un ricachón arrogante que se creía que tenía privilegios. Todo un casanova, vamos. Lo mejor que Eden podía hacer era salir disparada en dirección contraria.

Se le borró la sonrisa. Irguió la espalda y lo fulminó con la mirada.

—Eres un imbécil.

«Ya lo decía yo, Eden».

El casanova se encogió de hombros.

—Ya te lo advertí.

—Me avisaste, pero sabías que, al hacerlo, darías ni más ni menos que la imagen contraria. Mira, ¿sabes qué? Te mereces estar tan amargado.

Parecía que estaba a punto de irse, lo que significaba que yo debía salir por patas, pero vacilé al ver que él alargaba la mano y la agarraba del brazo.

—Espera, Eden.

La expresión de esta se suavizó, aliviada, como si hubiera deseado que él la detuviera. Yo también sabía lo que era albergar esa esperanza. Además, estaba bastante segura de que Eden sabía dónde se metía cuando se había enrollado con este cabrón, pero, aun así, me costaba no empatizar.

Le soltó el brazo y le acarició el rostro. Y, justo cuando creía que el casanova quizá no estaba tan mal, espetó:

—Límpiate antes de bajar. Se te ha corrido el rímel.

Eden se apartó de golpe y, sin mediar palabra, se fue echa una furia.

Una furia que venía derechita hacia mí.

«Mierda».

Salí disparada y rodeé el depósito lo suficiente para que no me viera cuando bajara las escaleras, pero no tanto como para que don imbécil me viera desde el otro lado. Entonces, esperé mientras trataba de oír sus pisadas para saber cuándo podría salir de mi escondite.

Por lo visto, el cabrón caminaba de forma muy silenciosa, porque no se oía ni una mosca. Así que me puse a contar hasta doscientos, solo para estar segura de que había pasado el tiempo suficiente. Y me pasé de los doscientos también, porque perdí la cuenta un par de veces cuando me asaltó una imagen de la escena tan sensual con la que me había encontrado.

Sin duda, en la lista de pendientes debía añadir «echar un polvo». No podía seguir así.

Al fin, asomé la cabeza por donde lo había visto la última vez.

No había nadie. Avancé unos pasos para asegurarme. No estaba en ninguna parte. Suspiré, aliviada.

—¿Buscas a alguien?

Di un bote al oír la voz a mi espalda. Giré sobre los talones y lo vi de pie, entre las sombras, donde había estado escondida hacía tan solo unos segundos.

Era imposible que supiera que yo estaba allí. Imposible. Igual de imposible que que supiera que los había visto. Llegué a esas conclusiones en un instante, de modo que me hice la inocente:

—Me había parecido oír a un animal. Un gatito atrapado. Solo estaba echando un vistazo.

«Bravo, Tess. No has sonado a la defensiva, qué va».

—Un gato. En la azotea de un edificio de sesenta plantas. —No se lo creyó, como era lógico.

—Ya, a mí también me parecía raro. Por eso estaba echando un vistazo.

—Ajá.

Estaba tan nerviosa que me había puesto a sudar. Tenía muy presente que había venido a la fiesta haciéndome pasar por quien no era y, aunque no había ninguna razón para que este tipo lo pusiera en duda, la posibilidad había hecho que me pusiera en guardia.

Pero eso no tenía por qué ser positivo *per se*. Porque debería haber defendido mi versión (era la verdad, al fin y al cabo) y haberme largado. Él seguía entre las sombras, con el rostro oculto en la oscuridad. Tampoco es que fuera a tratar de impedírmelo.

Con todo, esas dos sílabas encerraban una provocación, un reto implícito, y quien me conocía sabía que yo no era de las que salían corriendo ante un desafío.

Di un paso adelante para acercarme.

—¿Ajá? ¿Ajá, qué? ¿Qué quieres decir con eso? ¿No me crees?

Se encogió de hombros con la misma indiferencia que le había demostrado a Eden.

—Ajá solo quiere decir ajá.

—Ah. —Quizá me lo había imaginado. Toda esta odisea había sido un error. ¿Por qué había creído que sería capaz de hacerlo sin perder los papeles? Tal vez era el tipo de

persona que no se achicaba ante un desafío, pero tampoco era estúpida, y haber venido a esta fiesta había sido una absoluta insensatez. Además, estaba imaginando conflictos donde no los había—. Bueno, pues... —dije y me di la vuelta para alejarme de ese hombre misterioso.

Del mismo modo que había alargado la mano para detener a Eden, elevó la voz para detenerme a mí.

—¿Sabes? Creo que has venido a echar un vistazo porque has oído algo y luego te has topado con otra cosa. Y en vez de irte..., has preferido quedarte.

Giré sobre mis talones de nuevo.

—No me he... —perdí el hilo de golpe. Había salido de las sombras y ahora, por primera vez, le vi la cara.

Y era impresionante.

Impresionante nivel: te quedabas sin respiración.

Impresionante nivel: braguitas chorreando.

No me extrañaba que Eden se hubiera muerto del gusto con él. Los hombres normales y corrientes no eran así. Este era como un modelo de portada de revista. Si me hubiesen obligado a describirlo, no habría sido capaz de decir qué lo hacía tan atractivo. Todo. La forma en la que encajaban sus rasgos. Los pómulos marcados. La mandíbula cincelada y manifiesta bajo una barba castaña, cuidada y corta. Los ojos... (había demasiada poca luz para identificar el color, pero estaban colocados en el lugar perfecto). Y, aunque su apariencia por detrás se disimulaba bastante, el traje confeccionado a medida que llevaba revelaba lo suficiente de la parte frontal para apreciar que tenía un cuerpo muy bien definido como quien no solo tiene un gimnasio en casa, sino que también se pasa horas en él.

Me sorprendió tanto, me pilló tan desprevenida, que vomité las palabras antes de tener la oportunidad de refrenarlas:

—Ostras, menudo pibón.

La vergüenza me subió por el cuello hasta el rostro. Mi piel olivácea no se sonrojaba con facilidad, pero la sangre todavía se me acumulaba en la cara cada vez que hacía el ridículo. Y acababa de hacer un ridículo monumental. Era imposible arreglarlo.

Mientras me mosqueaba conmigo misma y me moría por el bochorno, él metió cucharada como si nada:

—Justo estaba pensando lo mismo de ti.

Me acababa de tirar los tejos.

Y hacía nada que le había provocado un orgasmo a otra mujer. Pero qué bien lo había calado. Era un donjuán de manual.

Me eché a reír, en parte por los nervios y también porque no me lo podía creer.

—Eh... no. Eso no. No vamos... No. Gracias, pero creo que me voy a ir.

Estaba tan nerviosa que no había acabado de dar la media vuelta cuando me detuvo de nuevo.

—No, espera. Lo siento. No quería pasarme de la raya. Como lo has dicho tú primero, creía que podía responderte en los mismos términos.

Reflexioné unos segundos antes de contestar (algo que sabía que debería hacer más a menudo). Bueno, vale. Había decidido que no era más que un ligón, pero no tenía pruebas de ello. Y luego había sido yo quien le había soltado aquello a un completo desconocido. Sin duda, era yo quien se había pasado de la raya.

—Sí que lo he hecho —admití—. Lo siento, me ha salido solo.

—No hace falta que te disculpes. —Su sonrisa brillaba como el oro. Resultaba hipnótica. Capaz de convencer a muchas mujeres para cometer estupideces con tan solo exhibirla.

Deseé que ese «muchas mujeres» no me incluyera a mí. Pero también era realista, así que me puse en guardia

porque lo más probable era que yo también formara parte de dicho grupo.

Y todavía estaba allí parada.

—También se aplica a que te hayas quedado aquí arriba después de presenciar lo que te has encontrado. —Estaba decidido a obligarme a admitir lo que había visto. Eran meras suposiciones. Solo tanteaba el terreno.

Sin embargo, ¿había alguna razón de peso para negarlo? Sentía curiosidad por saber hacia dónde quería llevar la conversación, de modo que me limité a preguntar:

—¿Y?

—Y eso, combinado con el comentario que has hecho sobre mi físico, me ha dado a entender que esta conversación podría terminar de una forma muy distinta. — Avanzó hacia mí al acecho, como un depredador. Lo juro. Como un depredador.

Qué locura lo sensual que podía resultar un hombre con tan solo dar un par de pasos.

Y una locura todavía mayor era lo mucho que me estaba afectando.

Y, ay, la madre, me había costado unos segundos procesarlo, pero ¿de verdad acababa de soltarme eso?

—Por favor —dije, con un gruñido de irritación que iba tan dirigido a mí como a él—. Solo porque te he pillado en plena faena por casualidad, ¿crees que ahora yo también voy a querer?

—No, claro que no. —Se volvió a encoger de hombros con indiferencia—. Solo porque te hayas quedado mirando...

Otra oleada de sangre me incendió las mejillas. Él había estado de espaldas a mí durante todo el rato. Eden ni siquiera me había visto y era ella quien estaba de cara a mí. ¿Me había equivocado? Quizá en la pared de ladrillo había algo reflectante. Me giré para examinar el lugar

donde había estado él. Volví la vista atrás hacia el punto donde había estado yo.

No, para nada. Imposible. No me había visto. Me giré para enfrentarme a él con una sonrisa de satisfacción.

—Es imposible que lo sepas.

Entonces, me devolvió la misma sonrisa, porque acababa de confesar que, en efecto, me había quedado mirando.

—Estaba evaluando si había sido consentido —añadí, en un arranque.

—Claro, te preocupaba la seguridad de otra mujer.

—Exacto. —La mentira me hizo sentir honrada. Como si, en realidad, me hubiera comportado como una heroína en vez de una mirona, motivada por la preocupación de si Eden estaba sufriendo una violación o no.

Su sonrisita de autosuficiencia me decía que no lo engañaba, pero me siguió el juego:

—Espero que hayas llegado a la conclusión de que era consentido.

—Al menos por parte de ella. —Lo dije porque pensé que sería una pulla, pero, al oírlo, me di cuenta de que parecía que estuviera tonteando.

Joder. Quizá sí que tonteaba.

Su expresión reflejaba la misma duda.

—No me he visto obligado a hacer nada que no quisiera. Pero sí, razón no te falta. Estaba un poco distraído. En cambio, tú tienes toda mi atención. —Dudara o no, tenía un descaro impresionante.

Y a mí me encantaban los ligones atractivos y descarados.

Pero enrollarme con uno no formaba parte del plan de esa noche, así que tenía que irme.

—Ah, muy bien —continué, echa un lío y atontada—. Vale. Sí. Me... Bueno. Gracias, pero no. Solo había subido para hacer una llamada, así que voy a ello. —Tuve la

sensatez de largarme, pero fui incluso más sensata al decirle mientras me iba—: Por favor, no me sigas.

Bueno, quizá no había sido la sensatez lo que me había impulsado a echar un último vistazo en su dirección. Quería saber si estaba mirando cómo me iba.

Y, quizá soy una idiota, pero me encantó saber que, efectivamente, lo hacía.

Capítulo 2

Teyana respondió tras el primer tono de llamada.

—Cuéntamelo todo.

Yo seguía con la cabeza perdida entre los depósitos, en ese desconocido tan atractivo y exasperante. Seguramente, debería haberme esperado a que me bajara el sofoco antes de llamar, pero me moría por ponerme al teléfono para que pareciera que estaba haciendo algo, por si se le ocurría seguirme.

No obstante, no había sido el caso y ahora estaba condenada a hacer un esfuerzo por hablar.

Solté algo a medio camino entre un gruñido y un suspiro.

—Todo iría mejor si estuvieras aquí —aseguré, y era la verdad, pero no lo habría expresado como una quejica si hubiese estado centrada. Al instante, traté de suavizar mi comentario—. Quiero decir, sé que no sería lo mejor para ti, pero lo sería para mí, y no trato de hacer que te sientas mal, pero es que me gusta que me acompañe mi amiga.

Joder, qué insensible. Mira que centrarme en cómo me sentía yo y lo mierda que era tener que estar sin ella en vez de preocuparme porque Teyana sí que sufría a nivel físico. Sabía comportarme como una buena amiga para alguien que padecía una enfermedad crónica y agotadora, pero, de vez en cuando, metía la pata hasta el fondo.

—Lo siento —añadí, mientras deseé haber comenzado por ahí.

—Eh, va, no empieces... —Como solía pasar, Tey terminó por consolarme a mí—. Soy muy consciente de que mis brotes no solo son una molestia para mí.

—Pero es que ahí está el problema: que solo para mí son una molestia. Para ti, son algo mucho peor.

—Sí —reconoció—. Son una absoluta mierda. Ojalá pudiera estar contigo, de verdad.

Ese había sido el plan original: venir juntas. De hecho, cuando había visto la invitación entre la correspondencia de mi jefa, mi idea había sido tirarla a la basura y no darle más vueltas, pero Tey me la había quitado de las manos y los ojos se le habían iluminado con un plan.

«La invitación va a nombre de Kendra», le había señalado yo.

«No van a pedir los carnés a los invitados. Pone que hay que llevar la invitación para entrar. Es lo único que necesitamos».

«No tengo nada que ponerme».

«Estás cuidándole la casa a una mujer que posee el mayor fondo de armario que hay más allá de la Quinta Avenida. Seguro que tiene trajes y vestidos sin estrenar siquiera».

Fue entonces cuando me lo planteé en serio. Kendra nos había prestado ropa a Teyana y a mí millones de veces desde que las tres nos conocimos y nos hicimos amigas cuando cursábamos el máster en la Universidad de Georgetown. Aunque ya no éramos tan íntimas como entonces (convertirse en mi jefa tras la graduación había cambiado las dinámicas de la relación), sin duda me habría prestado algo de haber estado allí.

Claro que, si hubiera estado allí, yo no habría fisgado entre su correspondencia y no habría descubierto que se celebraba esta fiesta.

Tey debió de darse cuenta de que mi conformidad se abría paso: «Anda, Tess. ¿Cuándo volveremos a tener la oportunidad de ir a una fiesta organizada por los Sebastian?».

Los Sebastian pertenecían a la realeza estadounidense. Tenían dinero invertido en todo, desde el acero y el petróleo hasta medios de comunicación y tecnología, de modo que, prácticamente, la ciudad entera les pertenecía. Su apellido figuraba en tantos edificios como el de los Rockefeller, entre los que se contaba el Sebastian Center, la sede principal de la mayor parte de sus negocios en Nueva York.

Y una fiesta con estos fabulosos millonarios como anfitriones resultaba, sin duda, tentadora.

«Kendra no nos invitaría si estuviera aquí», había insistido Tey. «¡Es una oportunidad única en la vida!».

Y como razón no le había faltado en ese sentido, y dado que últimamente estaba un tanto resentida con Kendra, yo había accedido.

Pero entonces, Teyana sufrió un brote que la mandó derechita a la cama y en posición fetal. Solo había aceptado acudir a la fiesta para que ella pudiera vivirla de forma indirecta a través de mí. Hacía tanto tiempo que éramos amigas que era consciente de que, a veces, lo único que podía hacer para aliviar su enfermedad era vivir mi propia vida al máximo. En muchos sentidos, el hecho de que Teyana padeciera esta enfermedad me había impulsado a ir más lejos de lo que habría ido yo sola.

Y eso me hacía sentir incluso más culpable.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté esta vez.

—Mareada, y es como si alguien no dejara de clavarme un cuchillo de sierra entre las costillas. Pero, sobre todo, estoy aburrida, así que distráeme y cuéntame cómo va la fiesta.

—Bueno... —Lo cierto era que apenas había pisado la fiesta. Me había paseado de una punta a la otra de la azotea, había pillado unos cuantos aperitivos exóticos de las bandejas que se paseaban por el local y, por fin, había subido por la escalerilla para buscar cobertura y llamarla.

Sin embargo, esta versión de la noche no iba a distraerla, así que traté de echarle más miga:

—Todo el mundo va muy elegante, por supuesto. Ropa exclusiva, de diseño. De hecho, me da la sensación de que no voy todo lo arreglada que debería, y mira que llevo un Dolce & Gabbana.

—He visto la foto. Encajas a la perfección, te lo aseguro. Bajé la mirada en dirección a la falda de tul rosado.

—Parezco una bailarina.

—Pareces la primera bailarina del *ballet* de Nueva York, en todo caso, y eres un pibonazo. Y punto. ¿Qué más? Venga, cuenta.

—La música que ponen es como la de la discoteca. Creía que iban a elegir clásicos estilo Frank Sinatra, pero no, es ritmo a tope. He visto a un par de señores que lo daban todo en la pista y la verdad es que me han dejado impresionada.

—Qué aburrimiento, Tess. ¿Tú también lo has dado todo con ellos? Eso es lo que me interesa saber.

Evidentemente no había pisado la pista de baile. Eso era más propio de Teyana. Yo también sabía pasármelo bien, pero yo era más como la típica chica que se sentaba al frente de la clase y siempre levantaba la mano. Por eso éramos tan buenas amigas y encajábamos tan bien, y por eso me gustaban más las fiestas si me acompañaba ella. No era justo que, de nosotras dos, fuese ella la que estaba enferma cuando era tan extrovertida y yo, tan poco.

No obstante, no quería volver a caer en el pozo de la culpabilidad. ¿Qué más podía contarle? El espectáculo

sexual que había presenciado, pero no iba a soltarle lo mejor tan pronto.

—¡No he bailado, pero he comido! La comida es espectacular. Y rara. Ni siquiera sé qué era la mitad de lo que me he llevado a la boca.

—Esa última frase me gustaría mucho más si hiciera referencia a otra cosa que no fuese comida —bromeó.

Vale, quizá sí que había llegado el momento de hablar de guarradas.

—Ah, y he visto cómo un casanova, que llevaba traje a medida y estaba buenísimo, por cierto, le metía los dedos a una mujer.

Casi oí cómo Teyana se incorporaba de la emoción.

—¡Por fin! Esto es lo que quería. Por favor, por favor, por favor, dime que la historia no termina ahí. Quiero todos los detalles.

Solté una carcajada.

—La verdad es que no hay mucho más que contar, lo siento. Estaba buscando un sitio más tranquilo desde donde llamarte cuando me los he encontrado. Y, entonces, debería haberlos dejado solos con sus cosas, pero me he quedado mirando, no sé por qué.

—Para contármelo después, claro.

—Por supuesto. Pero cuando ella ha terminado, él se la ha sacado de encima como si nada. Y luego... Flipa con esto, Tey: después, el tío ha tenido el descaro de tirarme los tejos a mí. —Seguía alucinada por su desfachatez. Y también me sentía halagada, lo cual era una estupidez, porque era muy probable que lo hubiese hecho con la primera que pasaba. Estaba segura de que ya se había olvidado de mí.

—Entonces, vas a encontrarte con él cuando cuelgues, ¿verdad?

—Eh... Lo dudo mucho.